

# *La voz que permanece*

声音低回

FANG FANG

方方 著

Traducción de

Carla Benet Durán y Manuel Pavón Belizón



LETRA X LETRA

—NOVELA—

Fang, Fang, 1955-

La voz que permanece / Fang Fang. -- Medellín: Editorial EAFIT; Editorial ECNU de la East China Normal University, 2019.

94 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-587-9

I. Novela china. I. Benet Durán, Carla, trad. II. Pavón Belizón, Manuel, trad. III. Tít. IV. Serie

895.1352 cd 23 ed.

F211

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## La voz que permanece

Primera edición: Universidad Autónoma de Yucatán, febrero de 2017

Segunda edición: septiembre de 2019

声音低回

方方 著

Copyright © 2012 by Fang Fang.

All rights reserved.

Spanish Translation Copyright © 2019 by UNIVERSIDAD EAFIT

Spanish edition is published by arrangement with East China Normal University Press Ltd.

© Fang Fang

© De la traducción: Carla Benet Durán y Manuel Pavón Belizón

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-587-9

Editora: Claudia Ivonne Giraldo G.

Corrección de estilo: Marcel René Gutiérrez G., Pablo Lucio Garcés D.

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imágenes de carátula y guardas: De la serie *Immortal Blossoms of an Eternal Spring*. Giuseppe Castiglione, 郎世寧, (Láng Shìníng). Fue un misionero jesuita y pintor italiano, considerado como un gran maestro del arte chino.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

De repente, sonó una voz, como si hubiera empezado a soplar una brisa suave. La voz se acercó hasta A Li, le dio unas palmaditas en la cabeza, en el corazón, en los pies, y luego lo envolvió entero.



# 1

Esa vez, A Li durmió durante mucho tiempo.

Soñaba sin cesar. Sus sueños eran sencillos y, en muchas ocasiones, consistían simplemente en comer. En sueños masticaba y entonces su boca también se movía, incluso le caían babas encima de la almohada. Cuando se despertaba, A Li nunca recordaba qué había estado comiendo. Ni siquiera tenía la impresión de haberlo soñado. Solo soñaba, esperando una voz que lo llamara. Y cuando esa voz llegaba, flotando en el aire hasta sus oídos, abría inmediatamente los ojos de par en par y gritaba: “¡Mami!”

La madre que veía en ese momento era la misma que él recordaba, con una sonrisa en la cara. Siempre que ella estuviera sonriendo, A Li se sentía a gusto. Incluso también se reía alegremente, como si el placer del sueño continuara para siempre, sin parar ni por un segundo. Sin embargo, hubo una vez en que la preocupación turbó la cara de su madre y los ojos se le inundaron de lágrimas. A Li se despertó con un gran susto. De repente, se sintió tan mal que empezó a llorar con grandes sollozos. Mientras lloraba, alargó las manos para estirarle la boca a su mamá, buscando la forma de una sonrisa. Haciendo esto, A Li se sintió un poco mejor.

En ese momento la voz todavía no había llegado. A Li seguía en un sueño profundo, un sueño realmente largo. Ya se lo había comido todo, pero la voz aún no aparecía. Quien lo despertó de una sacudida fue su

vecino, el abuelo Luo.<sup>1</sup> Nada más despertarse, A Li se refregó los ojos y observándole la espalda, le dijo:

—¿Y mi mami, abuelo Luo?

El abuelo Luo soltó un largo suspiro, agarró el jersey que A Li había dejado colgado en la silla y tras pasárselo, le respondió:

—A partir de ahora tienes que aprender a cuidar de ti mismo.

A Li no se enteró muy bien de lo que había dicho Lou, así que volvió a preguntar:

—Abuelo Luo, ¿y mi mami?

El abuelo Luo se acordó entonces de que A Li no tenía el oído muy fino, así que subiendo el volumen le preguntó:

—A Li, ¿qué te parece acompañar al abuelo Luo hoy?

A Li, que aún no lo había entendido, inquirió de nuevo:

—¿Y mi mami, abuelo Luo?

El abuelo Luo ayudó a A Li a ponerse el jersey, meditó por unos segundos y luego añadió:

—Tienes que portarte bien. O si no, tu mami no podrá estar tranquila. Primero vas a salir a dar una vuelta con el abuelo y después, cuando tu padre y A Dong vuelvan a casa, ya hablaremos.

A Li no estaba nada contento, pero sabía que debía hacer caso al abuelo Luo. Lo sabía porque su mamá todos los días le repetía: “A Li, debes hacer caso al abuelo Luo. El abuelo Luo es un hombre fuerte y de un solo manotazo podría hacerte estallar el estómago, entonces no podrías comer nada de nada”. Aunque ese día mamá no había dicho la frase, parecía que A Li aún la recordaba, así que se cubrió rápidamente el estómago con las manos.

Bien vestido, pero con la cara sin lavar, A Li salió de casa con el abuelo Luo. Estaba muy alicaído, porque el abuelo Luo no le había mandado lavarse los dientes, aunque cepillarse fuera la cosa

---

<sup>1</sup> En China es muy frecuente usar apelativos de miembros de la familia para llamar a personas cercanas con quien no hay relación de sangre (N. de la T.).

que más odiara. Sin embargo, su madre le decía: “Si no te lavas los dientes, no habrá nada para comer”. De este modo siempre se acordaba de cepillarlos. Pero el abuelo Luo no había dicho ni una palabra sobre el tema. Por lo que, como era de esperar, A Li había salido de casa con el estómago vacío.

Afuera en la calle venteaba. Parecía como si el viento supiera que tenía el estómago vacío y soplara hacia sus adentros y rebotara por todo su interior, rugiendo, como si buscara una salida.

—Abuelo Luo, hay mucho viento —comentó A Li. El abuelo Luo no le prestaba atención— Abuelo Luo, me he tirado un pedo —pero Lou seguía sin hacerle caso.

El abuelo Luo tenía artrosis en las piernas. Cuando hacía frío debía ayudarse con un bastón y andaba muy lento. Al principio A Li iba caminando detrás de él, pero de repente se acordó de lo que le decía su mamá: “Al abuelo Luo le duelen las piernas, tienes que llevarlo del brazo”. Entonces A Li, refunfuñando un poco, avanzó unos pasos y lo agarró del brazo.

—Mami dice que al abuelo Luo le duelen las piernas y hay que llevarlo del brazo —repitió A Li.

El abuelo Luo entrecruzó su brazo con el de A Li, suspiró largamente y añadió:

—Tu madre es una buena persona.

A Li no escuchó lo que había dicho. Estaba muy triste. No había visto a su madre, aún no había comido nada de nada y le rugía el estómago. Incluso tenía ganas de llorar. Pero su madre le había dicho que no se podía llorar por la calle, porque si lloraba, la gente se reiría de él. Cada vez que su madre lo acompañaba a la puerta, siempre le decía esta misma frase. Y con ese pensamiento, él mismo se obligó a levantar la cabeza y abrir bien los ojos, aun sin saber si podría o no ver a su madre.

Los transeúntes iban y venían con prisa. De vez en cuando, pasaban autos rugiendo y casi rozando a A Li. A lo largo de la calle, no había ni rastro de la silueta de su mamá. Finalmente A Li no pudo aguantarse y se soltó:

—Abuelo Luo, ¿dónde está mami?

A un lado de la calle, había un tenderete donde vendían desayunos; el abuelo Luo se paró allí, agarró un banco debajo de una de las mesas, acomodó su trasero y seguidamente vociferó:

—¡Señora Xi, sírvale una sopa de fideos a A Li!

A Li se quedó de pie detrás del abuelo, con expresión abatida. Seguía sin escucharlo, no entendía por qué esa mañana no había sido igual que las otras. No lo había despertado mami. Y pese a que el sol relucía en el cielo, para A Li era como si fuera aún la negra noche. Los monstruos se escondían por todas partes, en cualquier momento podían alzar el vuelo y abalanzarse sobre él. Estaba aterrorizado. Necesitaba que la voz de mami los echara lejos de allí.

La señora Xi se acercó a A Li con un bol de sopa de fideos en las manos. Al ver su mirada perdida, alargó el bol hacia su nariz. A Li, que en ese momento hacía una gran inhalación, olió entonces el aroma de la salsa de sésamo, y aquello le levantó el ánimo de golpe. Se quedó mirando fijamente a la señora Xi, extendió los brazos y, agarrando el bol con ambas manos, se lo puso justo delante de la cara. Lo olió una y otra vez.

Normalmente, A Li desayunaba en casa lo que compraba su madre. A veces comía churros con leche de soya, otras veces rosquillas fritas con sopa de arroz y también, por supuesto, algunos días sopa de fideos. Ese último era el plato preferido de A Li. Sin embargo, su madre no lo compraba muy a menudo, decía que para comprar sopa de fideos tenía que hacer cola. Y, ¿acaso tenía ella tiempo para gastarlo esperando?

La señora Xi le preguntó:

—A Li, hijo, te pongo mucha salsa de sésamo, ¿no?

—Mmm, mucha, mucha —respondió A Li.

La señora Xi añadió:

—¿Huele bien o qué?

—¡Huele muuuy bien! —exclamó A Li.

—Pues sí que huele bien, está bueno —afirmó la señora Xi—. Que te aproveche, y come poco a poco. —Dicho esto, pasó otro bol de fideos

al abuelo Luo y le preguntó—: Abuelo Luo, ¿hoy no has ido al Lago del Este a hacer taichí?

—Justo cuando salía de casa, me he topado con la tía Ba tendida en el suelo —le explicó el abuelo Luo—. La vieja Ba estaba tan aturdida que no podía ni levantarse. Siqiang, que estaba en mi casa, me ha ayudado a llevar a la tía al hospital. La vieja Ba me ha pedido que le ayude a cuidar un poco de A Li. Entre vecinos, nos tenemos que ayudar los unos a los otros. Por un día que no haga taichí, no pasa nada. —El abuelo Luo dejó escapar un suspiro y dirigiéndose a A Li, dijo—: Si te gusta, come más. El abuelo Luo tiene dinero en el bolsillo.

A Li, con la boca llena de fideos, farfulló:

—¿De verdad, abuelo Luo? ¡Quiero otro bol!

—De acuerdo —contestó rápidamente el anciano—. Señora Xi, sírvale otro bol —y entre suspiros, añadió—: ¡Ay!, según lo que me ha dicho Siqiang por teléfono, de lo que más tenía miedo la tía Ba era de no poder salir de esta. Con lo sucedido, ¿qué será ahora de este chiquillo?

Mientras calentaba la sopa, la señora Xi le respondió:

—Yo también me he enterado hace poco. ¿Y cómo fue que se desplomó de golpe y se dio un porrazo?

—Me temo que fue por agotamiento. La madre de A Li nunca había tenido el corazón muy fino. Tenía que ayudar al viejo Ba a vigilar la tienda y a abastecerla; además, trabajaba horas sueltas en algunas casas, y encima tenía que cuidar de A Li. Se la pasaba atareada de la mañana a la noche, ¿cómo es posible estar así sin cansarse?

—¡Qué vida la suya! Tratar con el viejo Ba no es tarea fácil y encima está A Li. Mira lo que te digo: al fin y al cabo, irse de este modo no está tan mal, te ahorras penas —sentenció la señora Xi.

El abuelo Luo estuvo de acuerdo.

—Así es. Aunque, ¿qué va a ser de los que han quedado en esa casa? Sobre todo, de este A Li.

—¿A Dong se ha enterado? —inquirió entonces la mujer.

—Viene corriendo desde la universidad, le va a tomar una o dos horas llegar. Lo que me temo es que ya no pueda ver a su madre.

La señora Xi asintió con la cabeza, mientras suspiraba largamente.

A Li había ignorado por completo la conversación entre el abuelo Luo y la señora Xi. La sopa de fideos estaba realmente deliciosa. A Li la engullía con la boca abierta. Sin nadie que lo detuviera, se podría haber comido hasta cinco boles de los grandes. Su hambre era insaciable. El abuelo Luo y la señora Xi hablaban casualmente de cosas de la vida, aunque el tema principal seguía siendo el padre y la madre de A Li. Este, sin embargo, no escuchaba ni una sola palabra de lo que decían. Había tantas cosas en la vida, pero ninguna que entrara en la cabeza de A Li. Era como si su cabeza estuviera cerrada por una puerta hermética. Solo muy de vez en cuando entraba en ella un rayito de luz. Como, por ejemplo, gracias a la voz de su madre. La voz de su madre era como un pequeño destornillador que podía abrir en esa puerta una estrecha ranura. Entonces, a través de esa delgada ranura, entraban unos finos rayitos de luz que iluminaban un rinconcito de su cabeza.